

hijos del Cristianismo: que vivimos unidos, sin separarnos jamás, y no lo permitais, Señora, á la Iglesia católica apostólica romana: que somos dignos de vestir vuestro Santo Escapulario, que como radiante nube nos libre del Faraon infernal en la noche tenebrosa de la vida; á la hora de la muerte se nos ofrezca como ánora de esperanza contra los asaltos del demonio, como escala de Jacob, por donde subamos sin temores á oír á vuestras plantas una sentencia favorable, y allí se nos convierta en inmortal y glorioso pabellon, á cuya sombra bendigamos los santísimos nombres de Jesus y de Maria, y disfrutemos las inefables delicias de una bienaventurada eternidad, por los siglos de los siglos. Así sea.



DISCURSO VII.

Maria de las Mercedes.

Venite, et videte opera Domini.
Venid y contemplad las obras del Señor. (David, Salmo 45, vers. 8.º)

INSPIRADO el Real Profeta David y enajenado en la contemplacion de las obras de la Divinidad, invita con las palabras de mi texto á su pueblo para que reverencie y admire en cada una de ellas un prodigio singular y extraordinario. Esto era entónces, señores, cuando, aunque palpable á la vista de todos los vivientes el portentoso fenómeno de la creacion y de la formacion del hombre del barro quebradizo de la nada, faltaba por consumir el prodigio de los prodigios: la redencion del género humano.

Hoy, que todo está ya concluido, cuando hace diez y nueve siglos que la noche de los símbolos y de las figuras huye desparorida al despuntar risueña la aurora de la realidad y de la gracia, convoco yo á todos vosotros, sacerdocio real y pueblo de la adquisicion, para que, iluminados por la fe y entusiasmados por el amor de vuestras venerandas creencias, admiréis tambien todas las obras del Supremo Hacedor como una maravilla en general, y separadas é independientes las unas de las otras como una maravilla en particular: *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.»

Y efectivamente, católicos: por más que los materialistas y los impíos se obstinen en hacer triunfar á la materia del espíritu y la razon humana de la razon divina, y proclamen á la naturaleza como autora única y por sí sola de cuanto nos rodea, la naturaleza misma los rechaza y los desmiente, publicando que debe su existencia á un amor que no puede imitar, á una sabiduria que

no es posible confundir, y á un poder que nadie es capaz de derrocar. La naturaleza, sumergida en el silencio del asombro y de la gratitud, nos manifiesta prodigios en el firmamento y en los aires, prodigios dentro y fuera de los profundos senos de la tierra; prodigios en el día y en la noche, en los astros y en las nubes, en las aves y en los peces, en los minerales y en los vegetales, en los brutos y en los hombres.—¿Prodigios en el hombre?—Sí, señores; tengo en la mano la comprobacion de esta verdad; estadme atentos.

¿Habéis visto alguna vez un hombre vestido con un tosco sayal, cubierto con un escapulario y una capa de color blanco, con los piés descalzos, la cabeza desnuda, la tez curtida por los rigores de la intemperie, el cabello cano por el sufrimiento, horadadas las mejillas por la austeridad y la mortificacion, abrasados los ojos por el llanto, condecorado su pecho con las armas de Aragon, y enaltecida y esplendorosa su frente con la aureola del heroismo, de la virtud y de la santidad? ¿Habéis observado un hombre que, como misteriosa aparicion, llama de puerta en puerta, vá de pueblo en pueblo, corre de ciudad en ciudad y vuela de reino en reino, pidiendo una limosna para otro hombre que ha perdido el don preciosísimo de su libertad, y gime sin esperanza bajo las pesadas cadenas de la más vergonzosa tiranía? ¿Habéis advertido un hombre que desafía y ablanda la dureza de los vigilantes, y desprecia la fetidez y el horror de los calabozos, y ofreciéndose víctima voluntaria se ciñe los grillos, se queda en rehenes, sufre los tormentos y pierde en ellos la vida por rescatar y redimir la de sus hermanos? Pues ese hombre es una obra de Dios y un prodigio suyo sobre la tierra; es un apóstol que predica más con los hechos que con las palabras; es un discípulo verdadero de Jesucristo, un mártir de la caridad, un héroe de nuestra Religión, es... un fraile mercenario. Sí, cristianos; un fraile mercenario, fruto de aquella nobilísima congregacion inspirada por la Reina de los cielos, fundada por un varon santo, sostenida por un príncipe santo, y aprobada y canónicamente establecida por un Pontífice santo. Es un hijo de Maria; un heredero del infatigable espíritu de Pedro Nolasco, secundado por D. Jaime de Aragon, y cobijado bajo el manto paternal de Gregorio IX. Es un individuo de la ínclita Orden de la Merced, célebre, respetable y justamente santificada por el voto solemne de la redencion de los cautivos cristianos. *Venite, et videte opera Domini.* «Venid y contemplad las obras del Señor.»

¡Orden de la Merced, yo te saludo! Perseguida, menospreciada

y extinguida como todas las demás, indicas que como todas las demás eras útil y beneficiosa; porque, imitando al Redentor, ofreciste y dabas, sedienta de la libertad de todos los hombres, no solamente las riquezas sinó la vida de tus individuos por el rescate de nuestros hermanos. ¡Digna imitadora de Aquel que vino al mundo á morir por quien le crucificaba!

Tal es el origen y tales eran las ocupaciones del heróico instituto de Nuestra Señora de la Merced, Redencion de cautivos cristianos: instituto que dichosamente no ha desaparecido aún de entre nosotros; porque á la manera que la luz del sol se debilita y no se oscurece cuando éste se esconde tras de una nube, así es el Orden de la Merced brilla todavía, aunque escondido, dentro de ese claustro, nube impenetrable que oculta á nuestra vista y separa de los peligros del mundo á esa comunidad de esposas del Cordero immaculado (1). El Orden de la Merced se refleja todavía en tí, real Archicofradía, que, aunque insuficiente, me has elegido hoy para trazar uno de los nueve panegíricos de tu misericordiosísima Patrona. Y ¿qué mucho, señores, que llame yo al instituto de la Redencion de cautivos un prodigio de Dios en el tiempo, cuando admiro á su Santísima Protectora como un prodigio del mismo Dios desde la eternidad? *Venite, et videte opera Domini:* «Venid, y contemplad las obras del Señor.» *Un prodigio de Dios desde la eternidad, Maria Santísima de las Mercedes,* es el asunto de mi discurso. Para que más redunde en gloria del Señor y provecho de nuestras almas, y para que á mí me sea más fácil explicar y á vosotros comprender, os manifestaré, á la sombra de este hermoso título, *las mercedes que Dios ha dispensado á los hombres eligiendo á Maria para Madre de su unigénito Hijo: y las mercedes que esta Señora nos ha dispensado tambien, sometiéndose en un todo á los designios del Omnipotente.*

Sea nuestro primer cuidado, para conseguir lo que deseamos, implorar el socorro de la divina gracia, con la mediacion de la que es auxilio de los cristianos, María Santísima de las Mercedes, á quien llenos de amor y reverencia saludaremos con el Arcángel San Gabriel.

(1) La de religiosas mercenarias de Don Juan de Alarcon, en cuya iglesia se predicó este discurso.

Ave Maria.

Tanto amó Dios al mundo, que le dió su unigénito Hijo; verdad innegable de que no duda ninguno de cuantos se honran con el glorioso timbre de cristianos, ni de cuantos conservan en su corazón la fe que prometieron en el bautismo. Pero para que el Verbo de Dios dejase debidamente satisfechos los designios del Príncipe de las generaciones futuras, su Padre celestial, habia de desamparar el encumbrado sólio de su grandeza, habia de bajar desconocido, escondiendo su gloria tras el velo de oscuras apariencias, y habia de tomar carne humana, siendo concebido y dado á luz como nosotros, en el órden de la naturaleza. ¿Y sucederá esto así? Indudablemente, señores.

La mision que el Hijo del hombre venia á llenar en medio de su pueblo, era una mision incomparable, sublime, inexplicable: tratábase de favorecer y de regenerar á la desconsolada raza de Adán. El mundo estaba envuelto en un caos de tinieblas, y era preciso iluminarle; bogaba por un piélago turbulento de aficciones, y era necesario consolarle; se habia sumergido en un lago de corrupcion y de ignorancia, y convenia reformarle; estaba vergonzosamente cautivo, y era indispensable redimirle; no le faltaba ya más que un instante para perecer, y no habia otro remedio que salvarle: salvarle, sí, señores: y ved aquí á lo que vino Jesucristo.

Pero Jesucristo, para hacerse hombre, habia de encarnar en el seno de una mujer, sin dejar de ser Dios; y habia de revestirse de nuestra humanidad, sin disminuir un ápice de su infinita divinidad. La mujer que llevase á Jesucristo en sus entrañas tenia que ser una mujer sacada de la esfera comun de todas las demás; un objeto existente en la mente del Altísimo desde el principio de los siglos, y ántes que todo fuera; un sér que, en union de la Beatísima Trinidad, coadyuvase á la creacion del universo que habria de ser un dia escabel de sus virginales plantas; un huerto cerrado; una fuente sellada; una criatura segregada del mal; preservada por la gracia y exenta del contagio universal de todas las criaturas. El alma destinada á ser la realidad del Arca de la antigua alianza tenia que ser, como un prodigio de Dios en la eternidad, lo más perfecto en todas las perfecciones, lo más eminente en todos los privilegios, y lo más admirable en todas las virtudes: y nada más justo, si se atiende á que depositaria dentro de sí misma al vaticinado de los Profetas, al anhelado de los Patriarcas y al suspirado de todos los hombres.

Seria lo más perfecto, despues de Dios, en todas las perfecciones; por eso la contemplamos descrita en los anales del Eterno, y como delineado su retrato por el mismo Dios; y porque no es dado á pincel humano bosquejarle con exactitud, nos la representan los sagrados libros, ya hermosa como la luna, elegida como el sol y terrible como un ejército bien disciplinado; ya sirviéndola el mismo sol de manto real y de peana el astro de la noche, y de imperial y riquísima diadema los esmaltados luceros que cortejan y agasajan al príncipe de las constelaciones: ya es blanca como una azucena del Carmelo; rubicunda como la rosa de Engaddi; aromosa como la palmera de Cades; esbelta como el ciprés de Sion; olorosa como el aromático cinamomo, y llena de seducción y de hermosura como el lirio plantado cerca de las corrientes de las aguas.

Seria, despues de Dios, lo más eminente en todos los privilegios: por eso la vemos hija de una madre estéril; sabemos, creemos y defendemos que concibió sin concurso de varon, y la vemos elevada al altísimo rango de la divina maternidad, sin dejar de ser virgen: sí, cristianos; virgen purísima ántes del parto, en el parto y despues del parto; porque no era decoroso á Dios, diré con el dulcísimo San Bernardo, nacer sinó de una virgen, y á una Madre que habia de permanecer virgen no la correspondia dar á luz sinó al mismo Dios: seria tan formidable que aplastase la cabeza de la serpiente infernal, y las maquinaciones del inferno no prevalecerian jamás contra Ella: tenia que ser, finalmente, la criatura dotada de mayor poder, porque habia de encerrar y llevar en su castísimo seno al que todo lo puede y lo gobierna.

Reuniria, por último, lo más admirable, despues de Dios, de todas las virtudes: por eso, más prudente que Abigail, la llama la Iglesia Virgen Prudentísima: porque en Ella se vé perfectamente retratada la justicia y equidad de Dios; la apellida Espejo de justicia, porque respeta en Ella una heroína más fuerte que la heroína de Betulia; la reconoce como Torre de David, y porque se extasia contemplando la ejemplarísima templaza de sus costumbres, la denomina *Casa de oro*, *Puerta del cielo*, y *Asiento de la Sabiduría*: vedla lumbrera de la fe, áncora de la esperanza y manantial inagotable de la caridad; y como el árbol de los sueños de Nabucodonosor, elevándose hasta el empíreo por su engrandecimiento, y haciéndose dueña de todo lo criado por sus perfecciones, por sus privilegios y por sus virtudes.

Para ser Madre de Dios, reasumiria en su corazón la pureza de todos los espíritus celestiales; porque aquel corazón iba á ser

morada de la misma santidad: la que el Omnipotente buscaba para Madre suya, habia de buscar al Omnipotente en el retiro y en la soledad; habia de esquivar el lenguaje y las miradas de los hombres, porque concebiria por obra del Espíritu Santo, y habia de ser una maravilla de abnegacion; colocada despues en el pináculo de la grandeza como Reina de los cielos y de la tierra, de los Angeles y de los hombres, cuando Ella dijese, inclinando la cabeza: *Ecce ancilla Domini*. «Hé aquí la esclava del Señor.»

Corto es el tiempo concedido á los discursos de la naturaleza del presente, y yo debiera terminarle ahora para no ser molesto; pero me parece que leo en vuestros semblantes el deseo de profundizar más para más alabar la generosidad del Eterno en escoger á María para Madre de su Unigénito Hijo; y nó porque desconocais este atributo de la divina Esencia, sinó por más engolfaros en estos momentos de entusiasmo en el océano de la gratitud. Pues bien: *Venite, et videte opera Domini*. «Venid y contemplad las obras del Señor.» María Santísima, el objeto de vuestra filial ternura, queda constituida en cooperadora á la reparacion del linaje humano, y coopera, señores, pero de una manera eficacísima; porque el que la eligió refleja en Ella toda la intensidad para amar y todo el heroismo para padecer: en María no hay inquietud que no se abraza, ni penalidad que no se soporte, ni sacrificio que no se consume; y para hacer completamente felices á los desventurados hijos de un padre prevaricador, resérvase Dios para sí el cetro de la justicia, y pone en manos de su Madre el imperio de su misericordia. Es decir, que si á Aquel le debemos temer, de María todo lo hemos de esperar; si su justo enojo nos extremece, la piedad de María nos conforta y reanima; y si nuestra miseria nos esclaviza con la culpa, María dá en precio de nuestro rescate todos sus merecimientos, restituyéndonos compasiva la libertad y la gracia: es decir, que con la predestinacion de María Santísima hemos recibido del Excelso todo cuanto pudiéramos apetecer y todas las mercedes imaginables. Y no son menores *las que esta Señora nos ha dispensado, sometiéndose gustosa á su divina voluntad*. Segunda reflexion.

Si estaba resuelto en los consejos eternos que María Santísima habia de ser Madre de Dios, dicho está se habia tambien decidido fuese Madre de los hombres. El Hijo de María era nada ménos que la segunda Persona de la Santísima Trinidad, única hostia que Dios admitiria gustoso para aplacar los rigores de su justicia, irri-

tada por la soberbia y la rebeldía de nuestros padres: el Hijo de María, siendo el Cordero de Dios que quita los pecados del Mundo, lavaria con la efusion de toda su sangre las manchas de nuestra iniquidad; y sacrificador y víctima á un tiempo, quedaria reconocido medianero entre Dios y los hombres. Pero no se ocultaba á la inexcrutable é increada Sabiduría que, á pesar de la inmolacion del Hijo de las eternas complacencias en las aras del Calvario, los hombres caerian mil y mil veces en las mismas y mayores abominaciones que ántes de su dichosa regeneracion: y, prevista nuestra lamentable suerte, hizo Madre del que habia de redimirnos á una Mujer cuyo mangnánimo y cariñoso corazon fuese capaz de encerrarnos y guarecernos á todos en la época futura de nuestro extravío, de nuestra orfandad y desamparo: una Mujer que nos alimentase, como el pelicano, con el néctar de sus entrañas, y que nos escondiese al abrigo de su manto, como los pajaritos esconden á sus hijuelos debajo de sus alas cuando se cierne sobre ellos encarnizada el ave de rapiña.

María Santísima viene siendo nuestra Madre desde los primeros pasos de su vida; y resalta más el beneficio de nuestra adopcion, cuando, sumisa como la hoja de los árboles que se dobla á las insinuaciones del ambiente, suscribe á los designios del Eterno en el dia de la Encarnacion, y se hace depositaria dignísima de la obra del Espíritu Santo.

Madre nuestra era desde entónces, cristianos; pero Madre de grandeza, Madre de majestad y de Soberanía, porque era Madre del mayor y del más majestuoso Soberano que han conocido los siglos. Pero llegaria un tiempo calamitoso por nuestras reincidencias, y entónces habríamos menester una Madre de ternura, una Madre de compasion, una Madre de caridad que nos esperase siempre con los brazos abiertos y que nunca nos volviese las espaldas.

Nuestra ingratitud ha conducido al monte del oprobio y colocado en el lecho de la muerte al Autor de la vida: todas las finezas, todas las caricias, y los insultos, y las afrentas, y los tormentos todos no han sido bastante para despertar de su funesto letargo á un pueblo sanguinario y deicida; Jesucristo, por otra parte, no ha llenado aún los deseos de su desgarrado corazon, viendo á sus piés á Aquella de quien era carne y sangre, sufriendo como Él y deseando como Él; sola como la amapola silvestre en medio de los rastros, é inseparable de la cruz, como es inseparable la sombra del cuerpo que la produce, la nombra para toda una eternidad Madre de todos los hombres *Ecce filius tuus*. «Hé ahí á tu hijo.»

Madres de familia que me escuchais; vosotras las que teneis

el pensamiento cautivo por el cariño de vuestros hijos, y á quien hasta el viento ofende cuando ofende á los que son pedazos de vuestras entrañas, decidme con sinceridad: ¿acojeríais bajo vuestra maternal predileccion al que calumniase, prendiese y sacrificase al único y al más amado de los hijos de vuestro corazón? ¿Soportaríais con serenidad la nueva carga que os imponía aquel hijo moribundo, haciéndoos reconocer nada ménos que como hijos á los que más le perseguían, más le maltrataban y más le ofendían? No es posible, señores; pues *Venite, et videte opera Domini*. «Venid y contemplad las obras del Señor.» Maria Santísima reúne en aquel angustioso momento esta á todas las mercedes que ya nos habia dispensado, y con la ternura de un corazón de madre, y con la grandeza de un corazón de Reina, y con la humildad de un corazón de esclava, me parece que la oigo responder, resignándose con un sollozo para más sentir, y esforzándose con un suspiro para más amar: *Fiat «Hágase.»* ¡Incomprensible, pero benditísima palabra! Y con ella firma para siempre el compromiso más augusto para la Señora y más útil para nosotros, de ser voluntariamente Madre de los desterrados hijos de Eva; pero Madre en toda la extension de la palabra; Madre de dulzura y Madre de reconciliacion; una Madre que reconociéndonos hijos de sus dolores, nacidos del fondo de sus lágrimas, tanto más nos habia de amar, cuanto más la habíamos hecho padecer; una Madre que habia crucificado su corazón con el del fruto bendito de su vientre, porque así convenia para llegar, en provecho nuestro, al complemento de toda maternidad. Era una Madre que empezaba entónces á serlo con toda propiedad, para no dejar de serlo hasta la consumacion de los siglos; una Madre á quien llamaremos y nos oirá, á quien pediremos y nos concederá, por quién suspiraremos y que llenará nuestros corazones de bendicion y de regocijo; Madre que, desvalidos, nos acogerá, y enfermos, nos asistirá, y moribundos, nos auxiliará, y en el día terrible de la cuenta desempeñará cerca de nosotros el honorífico cargo de abogada, como que es Madre de misericordia; una Madre que, por no tener quien pueda igualarla, será un prodigio de Dios en el tiempo, pues viene siendo un prodigio del mismo Dios desde la eternidad; una Madre, en fin, á quien por todo cuanto bien nos ha dispensado desde el instante de su Concepcion purísima hasta su gloriosa coronacion, y desde entónces hasta ahora en sus advocaciones, en sus misterios y en sus apariciones, invocamos hoy con fe, y veneramos con especial reconocimiento en ese halagüeño y peregrino simulacro de Maria Santísima de las Mercedes, Redentora de los cautivos cristianos.

Seria, señores, interminable hablando de la Virgen, pero voy á concluir. Al amparo de esa privilegiada criatura y á la sombra del escudo de la Merced, existe todavia el Orden, fundado por su revelacion; y existe hoy con un objeto tan noble á mi entender como el primitivo de su instauracion. Si aquel era honroso para la Iglesia defendiendo los intereses de la humanidad, honroso es tambien para la Iglesia si vosotros defendeis con energia las prerrogativas de esta benditísima Señora. No consintais, por Dios, que tengan lugar en vuestros corazones las dudas y los errores con que la impiedad y la herejía de todos los tiempos pretende deshacerse de un antemural tan favorable á la Religion y tan superior á sus fuerzas: no toleréis esos dictérios asquerosos y esas horribles blasfemias con que desgraciadamente en nuestros dias y por todas partes se escarnece y vilipendia el dulcísimo nombre de Maria, que es el iris de los cristianos y el embeleso de las almas. Si el Orden mercenario era útil á los prójimos redimiendo á los cautivos del mundo, útil podeis y debeis hacerlo vosotros rescatando á los que viven en la servidumbre del demonio: y ¿cómo? con la virtud y con el buen ejemplo. ¿Necesitais modelo? Y ¿de quién aprenderán los hijos mejor que de su Madre? Ahí teneis á Maria Santísima de las Mercedes, á quien imitando con el celo de buenos cristianos y amando con el cariño de verdaderos hijos, deberemos nuestra quietud exterior y nuestra paz interior en esta vida miserable, para recibir despues, de sus manos sacratísimas, la corona de inmortalidad que ciña nuestras sienes en las moradas de la gloria. Amen.

